

XAVERIO BALLESTER

(Universidad de Valencia)

Reseña a MAXIMIANO TRAPERO: *Pervivencia de la lengua guanche en el habla común de El Hierro. Léxico común y pastoril, de la flora y de la fauna y de la toponimia*, Dirección General de Patrimonio Histórico. Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias, Estudios Prehispánicos 8, 1999, 305 pp.

Publicada en *El Museo Canario*, LV (2000), 437-472.

En razón de la cantidad y calidad de publicaciones aparecidas estos últimos años parece pueda hablarse ya de un cierto renacer de los estudios sobre las hablas prehispánicas de las Islas Canarias. En razón de la cantidad y calidad de publicaciones uno de los más conspicuos responsables de esta acmé finisecular es sin duda Maximiano Trapero, autor, entre otras excelentes publicaciones relacionadas con el tema, de *La toponimia de Gran Canaria: I Codificación, análisis y teoría. II Corpus Toponimicum. CD-Rom* (1997) con J. Suárez Betancor, M. Lobo Cabrera, V. Montelongo Parada y otros, director de una *Toponimia de la Isla de El Hierro: Corpus Toponymicum* (1997) con la colaboración de M. Domínguez Llera, E. Santana Martel y C. Díaz Alayón, y autor también de un *Diccionario de Toponimia Canaria. Léxico de referencia oronímica* (1999), además de esta obra que aquí comentaremos por tratarse en cierta medida de un *buque-insignia* de lo que puede constituir una de las mejores vías para un relanzamiento de este tipo de estudios, algo -se diría- frenados y aun desprestigiados durante demasiados años como consecuencia del berberismo simplón de muchos aficionados e incluso de algún estudioso.

Ya en alguna ocasión Trapero se había quejado de la parsimoniosa presencia de los datos orales y reales en los estudios sobre las hablas guanches, por lo que no puede sorprender ahora vedo tan decidido a enmendar aquella insuficiencia, rastreando en El Hierro la *pervivencia* de lo guanche en las hablas históricamente documentadas y sobre todo en las actuales. Así la investigación parte y se asienta sobre los fundamentos más sólidos, no siendo aleatoria la circunstancia herreña, dado el grande conservadurismo lingüístico de esta isla, con prehispanismos, como *letime* 'borde de precipicio', verdaderamente vivos y funcionales (136).

En ese recorrido por el vestigio oral Trapero ofrece las mejores garantías, dada su experiencia en todos los frentes implicados en este desafío, especialmente en lexicología y semántica y, más concretamente, en toponimia, como avalan las citadas y otras publicaciones. Y -no cabe duda- la toponimia guanche es muy relevante para la reconstrucción. Los topónimos representarían al menos un 80% del guanche conservado según Trapero (179),

un porcentaje considerable, y también una cifra considerable, pues disponemos de millares y millares de formas. Un material toponímico cuyo interés excede, por supuesto, el meramente léxico al presentar también claves fónicas e incluso a veces poder desvelar, vía motivación semántica, su antiguo significado. Aquí y en todos los otros registros (fauna, flora, economía doméstica...) donde han pervivido formas guanches, resulta tan admirable como de agradecer la paciente labor de Trapero.

Con prudente rigor son tratadas y analizadas -calculamos- más de un millar de formas, y lo difícil es no estar de acuerdo con el autor en el tratamiento y análisis de ellas. Son tan pocos e irrelevantes nuestros desacuerdos que se señalarán aquí. Así, para *entojada* 'oveja blanca con manchas negras en los ojos' Trapero sigue a Llorente Maldonado relacionando esta voz con *antojo* 'lunar, mancha de distinto color, por antojo no satisfecho de su madre' (91, 108), una derivación demasiado indirecta, ya que la supuesta consecuencia del antojo (y habría que verificar si tal etiología es familiar a los pastores herreños) queda limitada a los ojos, pero la voz podría también derivarse de *antejo*, forma con la que mantendría una motivación directa y específicamente ocular. Ha de atribuirse, en efecto, a las hablas guanches cierto grado de oscilación tímbrica en las vocales átonas, siendo bastantes frecuentes los intercambios entre /a/ y /e/, así como también son muy frecuentes los intercambios entre todas las otras vocales átonas (que nosotros creemos cuatro en general), esto, naturalmente, teniendo en cuenta el mucho mayor número de variaciones y diferencias dialectales propio de las lenguas sin escritura, pero, con todo, resulta una frecuencia muy alta de intercambios, máxime teniendo asimismo en cuenta la grande estabilidad de las vocales átonas en castellano, todo lo cual, en suma, favorece cualquiera de las dos reseñadas propuestas para *entojada*.

De *sorejona* 'cabra u oveja que tiene las orejas muy pequeñas' o 'de orejas pequeñas (menos de la mitad)' dice Trapero que «parece forma eufónica de orejona» (166), pero se ve mal el eventual eufonismo de /l/, fonema considerado precisamente cacofónico desde Dioniso de Halicarnaso hasta Robert Graves. Quizá tengamos un simple compuesto de *so-* (lat. *sub*), con lo que quedaría explicado la referencia a la pequeñez y el contraste con *orejona* 'de orejas grandes' (117).

Asimismo *Dionís* -forma coincidente, igual que *Oroval* (25, 153), con un antropónimo levantino- no debe tener nada que ver con *Nís* (246). La inicial [d-], igual que [r-], está mal documentada en guanche, como sucede en otras lenguas, verbigracia vascuence patrimonial o ibérico, lo que hace dudosa la guanchidad de esa y otras formas con [r-], como *Requijosca* (247).

Partiendo de las voces *embracafiranca* 'oveja de medio alante firanca y de medio atrás blanca', *alebracasa(ca)* 'oveja de medio alante bermeja y de medio atrás blanca' y la forma escrita *elombrajajaisa* 'oveja negra con un muslo blanco', Trapero deduce que *embraca-* significaría 'de color blanco' (90, 107, 111) -y adicionalmente *firanque* 'de color gris azulado' y *(ja)jaisa* 'de color negro'-, deducción en principio impecable, pero... Al margen de que sorprendería un poco la no conservación de *embraca* para 'blanca' (para lo que se emplea

blanca), la propuesta de Trapero entrañaría una contradicción no lingüística, pero sí psicológica o cognitiva, pues los pastores regularmente siguen en otros casos la lógica y esperable secuencia *delante / detrás*, tal como vemos en *blancafiranca* 'oveja de medio alante blanca y de medio atrás firanca' (87), de modo que si *embraca-* es 'blanca', entonces en los compuestos *embracafiranca*, *embracasaca* y **embrajajaisa* se estaría diciendo respectivamente 'blanca (atrás) - gris (alante)', 'blanca (atrás) - bermeja (alante)' y 'blanca (atrás) - negra (alante)', es decir, se estaría invirtiendo el natural orden referencial. Tal orden natural se manifiesta también, por citar un notorio ejemplo, en los planos gráficos y aun grafemáticos, pues cabeza o parte delantera de los animales suelen ser entendidas como más representativas, verosímil razón básica por la cual con frecuencia son empleadas metonímicamente para todo el animal, de ahí procedería en última instancia nuestra letra <A> representando en sus fenicios orígenes un bóvido. De hecho el mismo léxico de los pastores herreños evidencia que estos dedican atención preferente a la parte delantera de sus reses, así *careta* 'que tiene la cara de distinto color al resto' (87), *cogoteja* 'con la parte delantera negra y la parte trasera blanca' derivado perlúcido de *cogote* (88s), la citada *entojada*, *estrellada* 'cabra con una mancha pequeña en la frente' (92), *lucera* 'cabra con una pinta blanca o lucero en la frente' (95), *sínafa* 'oveja blanca con hocico bermejo' (104)... en fin, según el propio Trapero (117), los básicos criterios de descripción harían referencia a las orejas, como (*en*)*canuta(da)*, *encantada*, *orejona* y *sorejona*, a los cuernos, como *broco*, *campero*, *cornuda* y *mocha*, a las mamellas, como *barbanes*, y a la cara, como *de(s)labada* y *caracabra*. El extenso sistema clasificatorio de los pastores herreños resultaría demasiado complejo y antieconómico, entendemos nosotros, con inversiones secuenciales contranaturales. Numerosos sistemas clasificatorios de todo orden (y no sólo lingüísticos...) presentan bases binarias, base de por sí la más económica y que aun suele simplificarse mediante el artilugio de considerar uno de los elementos como implícito, básico, no marcado o como quiérase denominar. En el campo cromático de las ovejas es perfectamente previsible que el blanco sea ese elemento básico, «pues blanco es el color predominante de las ovejas y ahí es donde más precisas se han de hacer las distinciones» (115). Nos parece, en fin, que las dificultades indicadas quedarían superadas si consideramos que *embraca-* puede también referirse a la 'cabeza', 'parte delantera' o algo afín. Naturalmente, con esto no significamos que no sea cierta la interpretación de Trapero, tan sólo que puede no ser la única. En la reconstrucción lingüística de lenguas anepígrafas y donde en la práctica la única demostración posible viene de la propia capacidad explicativa de las hipótesis, simplemente acaba imponiéndose aquella que se muestra más compatible con mayor número de datos conocidos y eventualmente va superando, mejor que las otras hipótesis, los nuevos datos emergentes.

Y a propósito de antiguas hipótesis y nuevos datos. En otro lugar hemos propuesto reconocer en el segmento *ta-* la forma del artículo determinado, probablemente epicénico y al menos para el singular de los nombres guanches. Parece oportuno confrontar la hipótesis con algunos nuevos datos presentados por Trapero. Desde luego, el doblete *bimba - tabimba* (137) superaría bien la prueba significando respectivamente 'piedra - la piedra'. Parecidamente quedaría justificada la relación entre *tajinaste* y el herreño *ajinajo* (155), ambos

denotando el mismo género de arbusto. Una secuencia del tipo [(a)xinas(t)] o algo así estaría en la base de ambas voces, la herreña evolucionando, por ejemplo, [axinas > axinah > axinax > axinaxo], y la extraherreña partiendo de la forma con artículo [taxinast]. Similiter la reconocida por el propio Trapero proximidad entre los topónimos *Jase* y *Tajase* (228, 255) Y entre *Jásil* y *Tajásil* (228, 250) quedaría ahora suficientemente explicada como una diferencia entre formas indeterminadas (básicas, no marcadas o como quiérase denominar) y determinadas. Al respecto parece significativa la variante *Eljase* (*nota bene*, no ***Eltajase*), donde *el* podría ser la traducción de *ta-*, tal como, a título de hipótesis, incluso *jase* en *Hoyo el Jase* o *Hoyo del Jase* podría paralelamente ser eso: «hoyo, depresión del terreno», esto es, la versión autóctona de la forma castellana. También el doblete *Tamanasén* - *Manasén* (274) se explicaría de igual forma, aunque ha de tenerse en cuenta un *Tiomanasén* quizá originario. Se deducirá ahora que y por qué, *paxe* Alvar, nos siga pareciendo inexplicada la supuesta procedencia románica del segmento *ta-* en *tabobo* 'abubilla' (166).

En cuanto a *goran* y *gorona*, estas formas manifiestan «un indudable étimo común» (217) con *goro(r)* y, por tanto, para nosotros, también con *tagoro(r)*. Pero el sentido originario de 'círculo, cerco' para el tema *goro-* y que en su momento propusimos, resulta ahora más claro en las voces herreñas con *goran* valiendo 'círculo de piedras con que se protege los árboles...' (217) y *gorona* 'pequeño círculo de piedras que sirve de puesto de vigía...' (217). Para el significado de *tagoror* como «el círculo > asamblea (indígena)», es decir, para la metonimia mediante la cual de las características del lugar se pasa a indicar lo allí celebrado, podrían indicarse muchos paralelos -bastaría el cercano modelo de *mesa redonda-*, pero Trapero nos muestra ahora un caso de pervivencia cuando menos psicológica ciertamente espectacular al informarnos de que en El Hierro «se usa también la palabra *goronita* [...] para referirse a una reunión de viejos, sentados a la redonda, como si fuera un 'mentidero', pero con los rasgos semánticos de 'reunión' y 'en forma de círculo' unidos» (134).

La obra está repleta de aportaciones. Entre el batiburrillo de antiguos castellanismos, portuguesismos, arabismos de ida y vuelta e incluso galicismos maquillados, como *sable* 'arena' > *jable* (165), Trapero nos descubre guanchismos en voces vivas como *tabomba* para cualquier piedra arrojada (138s), *chirimina*, cierto tipo de hierba (211), *chibirito* 'marca de ganado' que correctamente ve Trapero como mera variante extraherreña de *teberite* (260), con la tan frecuente alternancia guanche [t / ch], o en la raíz de *Eresitas* (213), entre otros numerosos nuevos topónimos guanches nunca antes registrados (185-7). Además Trapero maneja fuentes inéditas, como las *Ordenanzas de la Isla de El Hierro* (32) y un par de tesinas inéditas (40). También innúmeros los lugares donde Trapero matiza y corrige: *firanque*, no *firaneo* (140), *Fares*, no *Faros* (147), *bimbapes*, no *bimbaches* (158)... distingue referentes, como las dos especies para el *ajinajo* (142), o precisa acentuaciones *cárisco*, no *carisco* (207).

Y a propósito de acentuaciones. Llama la atención Trapero sobre el «predominio absoluto de las voces esdrújulas» en el guanche pervivido de El Hierro (107), como ilustrarían sin más los topónimos *Asánaque*, *Bérote*, *Tésera* o *Tamájesa* (179), un fenómeno incluso contrahispánico, ya que una acentuación como *cárisco* es imposible en voces latinas

desde antes de Cicerón. De modo que resulta inevitable preguntarse por la posibilidad de una regular o frecuente proparoxitonía ya para el guanche, ya para el guanche herreño. Ahora bien, la acentuación proparoxítona es tipológicamente un fenómeno raro, son muy pocas las lenguas con regular acentuación proparoxítona, mientras que la paroxitonía es muchísimo más frecuente. Además resulta que en la mayoría de formas esdrújulas se dejan reconstruir bien secuencias llanas con estructuras del tipo -'VCVC (*goran, jórjal*), y donde la mera adaptación a la prosodia castellana (*jorjal*) o a su morfología, con frecuentes adiciones del tipo -'VCVC+V(C), pudieron propiciar el desplazamiento del acento en muchas voces guanches: -VC'VC+V(C) (*chenique, gorona*), pero menormente en la conservadora habla herreña: -'VCVC+ V(C) (*gánigo, góranes, tínique*). Ello nos conduce a considerar la posibilidad de frecuentes procesos del tipo Isáfir > sáfiro > safirol y de secuencias originales como /asának bérot íkon téser tamáxes/. Conciliaríanse así el indicio tipológico, el conservadurismo herreño y la diversa pero ahora congruente naturaleza de los datos.

La obra se presenta espléndidamente editada, con notas laterales, ilustraciones y fotografías que conjugan -como en el estoico ideal helénico- lo útil y lo bello, estampas de abismos verdísimos y aguas transparentes donde Maximiano Trapero nos descubre el tesoro de pervividas voces y de recónditas perlas convertidas ya en eternidad.